

El evangelio es del cap. 8 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis : Vos de mundo hoc estis, ego non sum de hoc mundo. Dixi ergo vobis quia moriemini in peccatis vestris : si enim non credideritis quia ego sum, moriemini in peccato vestro. Dicebant ergo ei : ¿ Tu quis es ? Dixit eis Jesus : Principium, qui et loquor vobis. Multa habeo de vobis loqui, et iudicare, sed qui me misit, verax est : et ego quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas : Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo ; por tanto os dije que moriréis en vuestros pecados ; porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestro pecado. Dijéronle : ¿ Quién eres tú ! Dijo Jesus : El principio, el mismo que os hablo. Muchas cosas tengo que decir y que condenar en orden á vosotros, pero aquel que me envió es veraz ; y yo lo que le oí á él, eso es lo que hablo al mundo.

MEDITACION.

DE LA IMPENITENCIA FINAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que vivir en pecado es la mas funesta desgracia ; pero morir en pecado es el cúmulo de todas las desdichas.

El pecado sin la muerte es un gran mal ; es, hablando propiamente, el único mal que hay que temer ; pero este mal no excluye la esperanza de todo bien, antes bien puede servir de materia á las mas excelentes virtudes ; puede ser, como efectivamente lo ha sido en muchos grandes santos, asunto y ocasion de la mas admirable penitencia. Mas el mayor, el supremo mal es el pecado con la muerte : el pecado que imprime en la muerte el carácter de su malicia ; la muerte que estampa el último sello en la impenitencia del pecador. El pecado hace á la muerte fu-

nesta para siempre. ¿ Qué consecuencia tan terrible ! La muerte hace para siempre irremisible al pecado. ¿ Qué suerte tan triste, tan espantosa !

La muerte en pecado apaga todo rayo de esperanza. Ya no hay mas gracia que pedir, ya no hay mas cielo que esperar, ya no hay Salvador adonde acudir, ya no hay misericordia que aguardar. La ternura de madre en Maria para con los pecadores, la compasion de la Iglesia para con sus hijos, el precio infinito de la sangre de Jesucristo, todo se acaba, todo cesa, todo se perdió para el pecador por la muerte en pecado. La impenitencia final le destierra para siempre de la compañía del pueblo de Dios, y borra su nombre del libro de la vida. Por la muerte en pecado la justicia divina imprime un carácter indeleble de reprobacion en aquella alma infeliz ; los demonios son su pueblo, el infierno su habitación para siempre, el fuego y los tormentos son su herencia, la rabia y la desesperacion su pasion dominante, la condenacion su suerte y su destino. ¿ Impenitencia final, funesta muerte en pecado, qué espantosa eres ! Y esta es la suerte de casi todos los que viven en delicias, de esos disolutos atolondrados, de esos grandes del mundo tan poco cristianos, de esas mujeres sin religion, de esos pecadores que dilatan para la muerte su conversion y su penitencia. Morir en desgracia del príncipe, en el polvo, en el abandono ; morir en la tristeza, en los dolores, lleno de infamia, gran mal es ; pero no es mal sin remedio, ni destituido de consuelo, como no concurren juntos la muerte y el pecado. Mas la muerte en el pecado, la muerte con el pecado, la muerte, como sucede muchas veces, por efecto del pecado ; busca, imagina, si puedes, desconsuelo mayor, desdicha mas espantosa. ¿ Y se teme hoy mucho, ó dulce Jesus mio, se teme hoy mucho esta espantosa desdicha !

PUNTO SEGUNDO.

Considera que desde el mismo punto en que se muere en pecado, todo el mal que se ha hecho comienza á ser eterno en su castigo y en su malicia; y todo el bien que se ha ejecutado, desde aquel momento comienza á ser olvidado y perdido.

Acciones honradas, servicios hechos, bizarrías, atenciones, actos de religion (porque al fin no es uno ateo), ayunos, oraciones, obras buenas, nobleza, distincion, talentos, mérito; todo muere, todo se aniquila en el pecador que muere impenitente. Cerróse para él el tesoro de las misericordias, cegóse el manantial de las gracias. Jesucristo olvida, digámoslo así, la calidad y el nombre de Padre, de Salvador, de Rey, para ejercer eternamente la severidad de Juez, de Dios irritado, de Dios colérico. ¿Y quien, señor, puede resistir al justo temor de vuestra cólera encendida, de vstra venganza infinita? ¿Quién lo puede? Un prodigioso número de pecadores, que viven en la culpa y morirán en la impenitencia; yo mismo que hago estas terribles reflexiones, si soy tan infeliz que llegue á morir en pecado.

¿Y cómo no morirá en pecado el que dilata la penitencia para la hora de la muerte? Quien vive en pecado, por regla general morirá en él; porque rara vez deja la muerte de ser semejante á la vida. Muere el pecador, pero no muere el pecado.

¿Mi Dios, qué de almas trabajan en su misma reprobacion! La muerte en pecado pone fin, perfecciona esta funestísima obra. Lleno está el mundo de estos desdichados artifices; no hay estado, no hay condicion que no tenga muchos; este arte lo saben con eminencia los grandes del mundo; los felices del

siglo no tienen otra suerte. Desengáñese el amor propio, que la vida delicada, la vida ociosa, la vida regalona no puede ser vida inocente. Aun las personas mismas consagradas á Dios, que deshonran la santidad de su estado por la relajacion de sus costumbres, ¿no viven tambien en pecado? Y aquellas almas domesticadas con la culpa, y que envejecen en ella, ¿morirán por ventura en gracia? La conciencia cria callos, el corazon se endurece, y Dios toma venganza; espantose, pero justo castigo de la divina Justicia.

A la verdad no son muchos los que mueren de repente, pero pocas muertes hay que no sean subitáneas é imprevistas. Y cuando no se ha hecho penitencia en vida, ¿se hará ó se hallará uno en estado de hacerla á la hora de la muerte? Nunca apetece el hombre con mayor ardor los objetos de su concupiscencia, que cuando están para escapársele, ó cuando una fuerza superior se los arranca, ó le arranca á él de su posesion en la hora de la muerte. La penitencia que se hace en esta hora, es penitencia forzada, es penitencia natural y puramente humana: ¿cuenta, pues, con la penitencia que se hace á la hora de la muerte! fíate en ella!

¿Señor, y se vive tranquilamente en el pecado! ¿y se pasan alegremente los dias estando el alma manchada con culpa grave! ¿Qué, mi Dios, y puede haber otro objeto que me haga fuerza? ¿y puede haber alguna otra desgracia que me espante? ¿y es posible que se pase hora ni instante en el día en que no os pida la gracia de no morir en pecado? ¿Ah mi Dios! ¿quién mas que yo puede temer esta impenitencia final? Desde este mismo punto doy principio á mi penitencia; y espero, dulce Jesus mio, me daréis gracia para que pueda hacerla antes de morir.

JACULATORIAS.

Juxta est dies perditionis, et adesse festinant tempora.
Deut. 32.

¡Ah Señor, el tiempo de la venganza se apresura, y no está distante aquel funesto día en que el pecador muere impenitente: ¿quién me alienta?

Vivens, vivens ipse confitebitur tibi, sicut et ego hodiè.
Isai. 38.

No, Señor, no cantarán vuestras alabanzas los que mueren en pecado, sino los que viven, y los que como yo comienzan desde este mismo día á ser vivos, á amarnos y á glorificaros.

PROPOSITOS.

1. ¿Quieres evitar la desdicha de la impenitencia final? Pues haz penitencia en vida, y no la dilates para la hora de la muerte. ¿Es tiempo de convertirse ni de reformarse, cuando se va á dejar de vivir? ¿es tiempo de comenzar á ser hombre arreglado, cuando casi se comienza á no ser hombre? ¿es tiempo en fin de hacer penitencia, cuando se va á morir? ¿Será entonces Dios el objeto y el motivo de aquellos espantos, de aquellos arrepentimientos, de aquellas lágrimas que el puro temor de los tormentos eternos y la terrible vista del peligro arrancan de los corazones mas endurecidos y menos penitentes? ¿Qué desgracia la tuya, ni qué mayor señal de tu eterna reprobacion, si despues de haber leído todo esto, aun dilatas para la hora de la muerte tu conversion y tu penitencia! Judas reconoció su culpa á la hora de la muerte; Antioco lloraba, prometia, se deshacia de dolor en aquella última hora, y ambos murieron impenitentes. O tienes necesidad de convertirte, ó á lo menos de

reformarte. Pues no te contentes con concluir que es menester reformarte ó convertirte: no seria esta la primera vez que has concluido lo mismo: consecuencias ineficaces, consecuencias ilusorias; en materia de conversion y de reforma, la verdadera consecuencia que se debe sacar es la práctica pronta y efectiva. Da principio desde luego postrándote á los piés de un crucifijo; y allí, con la memoria de tus desórdenes y de tu relajacion, ten un vivo dolor de tus desaciertos pasados y dile á Dios en la amargura de tu corazon:

Señor, que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (1); haced que este sea el dia de mi perfecta conversion, de la reforma de mis costumbres y de mi verdadera penitencia. Doy principio á la una y á la otra por vuestra misericordia. Lleno de confianza en los méritos de mi Señor Jesucristo y en la intercesion de la santisima Virgen, espero me libreis de la desdicha de morir impenitente.

2. No basta orar, es menester obrar. Si tienes necesidad de hacer una confesion general y extraordinaria, ve sin la menor detencion á declarar tu necesidad y tu resolucion al confesor que hubieres escogido. Comienza desde luego á reformarte, cercenando cierta superfluidad en el vestido, cierto exceso de delicadeza, arrojando al fuego ciertos libros, arrancando de las paredes ciertas pinturas, tomando ciertos modales graves y modestos, practicando ciertas devociones, cierta regularidad en que lijeramente te has dispensado. Haz en este mismo dia alguna penitencia ó mortificacion corporal, alguna obra de misericordia, alguna limosna. Nadie se acuerda de los pobres encarcelados, y ellos no pueden venir á representarte sus necesidades y sus miserias. Lo mismo se puede decir de ciertas familias honradas, cuya pobreza es

(1) Ezech. 5.

tanto mas cruel, quanto es mas muda. Estos principios de conversion y de reforma son como arras y como prendas de una perseverancia cristiana, que desvian el peligro de morir en pecado. Cuando llegué á tu noticia algun accidente funesto, ó la muerte de algun conocido tuyo, ten cuidado de decirte á ti mismo : *No hay desgracia que no tenga remedio sino la de morir en pecado mortal.*

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA, CONFESOR.

El glorioso y célebre doctor de nuestra España san Leandro, fué natural de Cartagena, é hijo de Severiano, gobernador de esta ciudad, y de Turtura, su consorte, ambos de ilustrísimo linaje y de notoria virtud. Tuvieron estos dichosísimos padres la singular gracia de dar al cielo cuatro hijos que fueron el ornamento de su patria y el honor de la nacion. Fué el primero nuestro san Leandro, y como tal se mereció los primeros cuidados de sus padres para darle una educacion correspondiente á su alto nacimiento y á la sólida piedad que tanto los ilustraba. Pero la bella indole y la natural docilidad que desde luego advirtieron en su hijo, les dejaron poco que hacer para formar un corazon que ya se hallaba prevenido con las bendiciones de la gracia. Instruyéronle con cuidado en los principios de la Religion, acompañando estas lecciones con el ejemplo de su inculpable vida; y como no tenia motivo para aprender otra cosa que lo que oia y veia practicar á sus virtuosos padres, se hizo como natural en Leandro la inclinacion á la virtud, y el estudio y meditacion de las verdades eternas. La dulzura de sus modales, la gravedad del semblante, y la indiferencia con que aun siendo niño miraba los pueriles

T. 3.

P. 292.



S. LEANDRO, ARZ. Y C.